

La PRIMERA LEY

Libro segundo

**ANTES DE QUE
LOS CUELGUEN**

JOE ABERCROMBIE

Traducción de Borja García Bercero
Revisión de Manu Viciano

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Before They Are Hanged*

Publicado originalmente en inglés por Gollancz, un sello de Orion Publishing Group, Londres.

Primera edición: 2008

Primera edición ilustrada: 2022

Copyright © Joe Abercrombie, 2006. All rights reserved

© de las ilustraciones y la cubierta: David Benzal, 2022

© de la traducción: Borja García Bercero, 2008

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-1148-073-4

Depósito legal: M. 23.390-2022

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es





*Para los cuatro lectores.
Ya sabéis quiénes sois.*

Primera parte

«Debemos perdonar a nuestros enemigos, pero nunca antes de que los
cuelguen.»

Heinrich Heine

La Gran Niveladora

Maldita niebla. Se te mete en los ojos y no te deja ver más que un par de zancadas por delante. Se te mete en las orejas y no te deja oír nada, y cuando oyes no sabes de dónde viene. Se te mete por la nariz y no te deja oler nada que no sea humedad. Maldita niebla. Es la pesadilla del explorador.

Hacia unos días que habían abandonado el Norte y entrado en Angland, cruzando el Torrente Blanco, y desde entonces el Sabueso andaba con los nervios a flor de piel: explorando territorio desconocido en medio de una guerra que ni les iba ni les venía mucho. Estaban todos inquietos. Aparte de Tresárboles, ninguno había salido nunca del Norte. Extepto Hosco, tal vez. Pero él nunca contaba dónde había estado.

Habían pasado unas cuantas granjas incendiadas y un pueblo abandonado. Edificios de la Unión, grandes y cuadrados. Habían visto huellas de caballos y de hombres. Muchas huellas, pero no a los hombres. El Sabueso sabía que Bethod no podía andar muy lejos porque había desplegado su ejército por todo el territorio, buscando pueblos que incendiar, comida que robar, gente que matar. Todo tipo de maldades. Tendría exploradores por doquier. Si capturaban al Sabueso o a los demás, volverían al barro, y no sería

rápido. Cruces de sangre, cabezas en picas y todo lo demás, al Sabueso no le cabía ninguna duda.

Si los capturaba la Unión, lo más probable es que también pudieran darse por muertos. Al fin y al cabo, aquello era una guerra, y la gente no piensa muy claro cuando está en guerra. El Sabueso no creía que fueran a perder el tiempo distinguiendo entre nortños amigos y enemigos. Sí, la vida estaba infestada de peligros. Había motivos de sobra para el nerviosismo, y él ya era de los que estaban nerviosos siempre.

Así que estaba claro que la niebla era meter el dedo en la llaga, por así decirlo.

De tanto andar dando vueltas en la bruma le había entrado sed, así que se abrió paso entre la pegajosa maleza en dirección a donde se oía el rumor de un río. Al llegar a la orilla, se arrodilló. Un suelo fangoso el de ahí abajo, podrido y con hojas muertas, pero al Sabueso no le parecía que un poco de cieno fuera a cambiar mucho las cosas: ya estaba todo lo sucio que puede estar un hombre. Haciendo cuenco con las manos, cogió un poco de agua y bebió. Allí abajo, fuera de los árboles, corría un poco de aire que empujaba la niebla hacia él un minuto y se la llevaba al siguiente. Fue entonces cuando el Sabueso lo vio.

Estaba tumbado bocabajo, con las piernas en el río y el tronco en la orilla. Se quedaron un rato mirándose, los dos sorprendidos, pasmados. Al hombre le salía un palo largo de la espalda. Una lanza rota. Fue entonces cuando el Sabueso se dio cuenta de que estaba muerto.

Escupió el agua y se acercó a él, mirando cauto alrededor para confirmar que no había nadie esperando para clavarle una hoja en la espalda. El cadáver era de un hombre de unas dos docenas de años. Pelo rubio, sangre marrón en los labios grises. Llevaba un jubón guateado, hinchado por la humedad, de los que se ponía la gente bajo una cota de malla. Un guerrero, pues. Tal vez un rezagado que se había perdido de su grupo y se había dejado matar. Un hombre de la Unión, sin duda, pero no parecía tan distinto del Sabueso ni de nadie más, ahora que estaba muerto. Todos los cadáveres se parecen.

«La Gran Niveladora», susurró para sí mismo el Sabueso, que tenía el día reflexivo. Así la llamaban los montañeses. A la muerte, claro. La que nivela todas las diferencias. Grandes Guerreros y gente del montón, sureños y norteños. Al final no deja escapar a nadie y a todos da el mismo trato.

El tipo aquel no parecía llevar muerto más de un par de días. Por tanto, quien lo hubiera matado podía seguir por allí cerca, y eso preocupó al Sabueso. Empezó a parecerle que la niebla estaba llena de ruidos. Tal vez fuesen cien carls esperando ocultos en el bosque. O tal vez solo fuera el río lamiendo la orilla. El Sabueso dejó el cadáver ahí tirado, se escabulló de vuelta a los árboles y corrió de un tronco a otro a medida que iban asomando del gris.

Estuvo a punto de tropezar con un cuerpo medio enterrado en la hojarasca, bocarriba y con los brazos extendidos. Pasó junto a otro que estaba de rodillas, con un par de flechas en el costado, la cara en tierra, el culo en pompa. No había dignidad en la muerte, eso estaba claro. El Sabueso ya empezaba a avivar el paso, demasiado ansioso por volver con los demás y contarles lo que había visto. Demasiado ansioso por alejarse de tanto cadáver.

Por supuesto, ya había visto muchos, más de los que le correspondían, pero nunca se había encontrado cómodo rodeado de muertos. Qué fácil era convertir a un hombre en carroña. El Sabueso conocía miles de formas de hacerlo. Pero, una vez hecho, no había vuelta atrás. Hace solo un instante era un hombre lleno de esperanzas, pensamientos y sueños. Un hombre con amigos y familia y un lugar del que procedía. Y al instante siguiente es barro. Al Sabueso le hacía pensar en todos los líos en que se había metido, en las batallas y los combates en que había participado. Le hacía pensar en la suerte que tenía de seguir respirando. Una suerte increíble. Le hacía pensar que la suerte quizá no durase.

Ya casi corría. Descuidado. Dando tumbos por la niebla como un chaval novato. Sin tomarse su tiempo, sin olisquear el aire, sin aguzar el oído. Un Gran Guerrero como él, un explorador que había recorrido todo el Norte, jamás debería actuar así, pero no se puede andar alerta en todo momento. El Sabueso no lo vio venir.

Algo le dio en el costado, fuerte, y lo tiró al suelo de bruces. Se revolvió para levantarse, pero lo derribaron de un puntapié. El Sabueso se resistió, pero fuera quien fuese aquel cabrón, tenía una fuerza tremenda. Casi sin darse cuenta, estaba con la espalda contra el suelo y sin poder culpar a nadie más que a sí mismo. A él, y a los cadáveres, y a la niebla. Una mano se cerró sobre su cuello y empezó a comprimirle la tráquea.

—Gurj —graznó, toqueteando la mano, pensando que había llegado su hora. Pensando que todas sus esperanzas se convertían en barro. Que la Gran Niveladora al fin llegaba a por él...

Entonces los dedos dejaron de apretar.

—¿Sabueso? —le dijo alguien al oído—. ¿Eres tú?

—Gurj.

La mano le soltó la garganta y el Sabueso aspiró una bocanada de aire. Sintió que lo levantaban tirándole de la zamarra.

—¡Me cago en la puta, Sabueso! ¡Podría haberte matado! —Ya reconocía la voz, vaya si la reconocía. Dow el Negro, el muy cabrón. El Sabueso estaba medio irritado por haberse dejado asfixiar casi hasta la muerte y medio feliz como un idiota de seguir con vida. Oyó a Dow reírse de él. Una risa áspera, como de cuervo—. ¿Estás bien?

—Me han dado recibimientos más cálidos —graznó el Sabueso, aún esforzándose por llevar aire a los pulmones.

—No te quejes, que te lo podría haber dado más frío. Mucho más frío. Creía que eras algún explorador de Bethod. Pensaba que andabas más lejos, valle arriba.

—Pues ya ves que no —susurró el Sabueso—. ¿Dónde están los demás?

—En una colina, por encima de esta puta niebla. Echando un vistazo.

El Sabueso señaló con la cabeza en la dirección de donde venía.

—Por ahí hay cadáveres. A montones.

—Conque a montones, ¿eh? —preguntó Dow, como si no creyera que el Sabueso supiera qué aspecto tenía un montón de cadáveres—. ¡Ja!

—Sí, unos cuantos por lo menos. Muertos de la Unión, me parece. Creo que por aquí ha habido pelea.

Dow el Negro soltó otra carcajada.

—¿Pelea? ¿Tú crees?

El Sabueso no supo muy bien a qué se refería con eso.

—Mierda —dijo.

Estaban los cinco de pie en lo alto de la colina. La niebla se había disipado, pero el Sabueso casi habría preferido que no fuera así. Ya entendía lo que quería decir Dow, vaya si lo entendía. El valle entero estaba lleno de cadáveres. Desperdigados por lo alto de las laderas, encajados entre las rocas, tirados entre las matas de tojo. Se desparramaban por la hierba del fondo del valle como clavos vertidos de un saco, retorcidos y mutilados por todo el sendero de tierra marrón. Se amontonaban junto al río, formando grandes pilas a la orilla. Brazos, piernas, restos rotos de su equipo entre los últimos jirones de niebla. Estaban por todas partes. Acribillados a flechazos, acuchillados, destrozados con hachas. Los cuervos graznaban mientras brincaban de un almuerzo a otro. Era un buen día para los cuervos. Hacía tiempo que el Sabueso no veía un verdadero campo de batalla y hacerlo le trajo recuerdos amargos. Horriblemente amargos.

—Mierda —dijo de nuevo. No se le ocurría nada más que decir.

—Diría que las tropas de la Unión marchaban por ese camino.

—Tresárboles tenía el ceño muy fruncido—. Diría que iban deprisa. Querían pillar por sorpresa a Bethod.

—Parece que no exploraban con mucho cuidado —tronó Tul Duru—. Parece que fue Bethod quien los pilló a ellos.

—Igual había niebla —terció el Sabueso—, como hoy.

Tresárboles se encogió de hombros.

—Tal vez. Es normal en esta época del año. En todo caso, iban por el camino, formando en columna, cansados por un largo día de marcha. Bethod cayó sobre ellos desde aquí y desde las colinas de allá arriba. Flechas primero para romper la formación, y luego

los carls cargaron desde el terreno elevado, aullando y bien preparados. La Unión se desbandó rápido, diría yo.

—Muy rápido —dijo Dow.

—Lo que vino luego fue una carnicería. Dispersos por el camino. Atrapados contra el agua. Poca escapatoria tenían. Algunos trataron de quitarse la armadura, otros intentaron cruzar el río con ella puesta. Hombres apelonados, subiéndose unos por encima de otros bajo una lluvia de flechas. Puede que algunos llegaran a ese bosque de ahí, pero, conociendo a Bethod, seguro que tenía a unos cuantos jinetes de reserva listos para rebañar el plato.

—Mierda —dijo el Sabueso, con el estómago bastante revuelto. Sabía por experiencia propia lo que era estar en el lado malo de una masacre, y el recuerdo no tenía nada de grato.

—Coser y cantar —sentenció Tresárboles—. Hay que reconocerlo al muy cabrón de Bethod. Conoce su oficio como nadie.

—Entonces, ¿se acabó, jefe? —preguntó el Sabueso—. ¿Bethod ha ganado ya?

Tresárboles negó con la cabeza, despacio y pensativo.

—Hay muchos sureños por ahí. Los hay a carretadas. La mayoría viven al otro lado del mar. Dicen que son más de los que pueden contarse. Más que árboles hay en el Norte. Puede que aún tarden un tiempo en llegar hasta aquí, pero vendrán. Esto es solo el principio.

El Sabueso echó un vistazo al valle húmedo, a todos los muertos acurrucados y retorcidos y despatarrados por el suelo, ya no más que comida para cuervos.

—No es muy buen principio para ellos.

Dow enroscó la lengua y lanzó un escupitajo procurando hacer el máximo ruido posible.

—¡Acorralados y sacrificados como un puñado de ovejas! ¿Así quieres morir, Tresárboles? ¿Eh? ¿Quieres aliarte con gente como esa? ¡Maldita Unión! ¡No saben nada sobre la guerra!

Tresárboles asintió.

—Pues entonces habrá que enseñarles.

Una muchedumbre se agolpaba en torno al portón. Había mujeres, demacradas y hambrientas. Había niños, sucios y andrajosos. Había hombres, viejos y jóvenes, doblados bajo el peso de grandes fardos o aferrando todo tipo de objetos. Algunos llevaban mulas o empujaban carretas cargadas hasta los topes con trastos de aspecto inútil: sillas de madera, cacharros de latón, aperos de labranza. Muchos otros no tenían nada, aparte de su miseria. El Sabueso supuso que de eso no debían de andar escasos en aquel lugar.

Atestaban el camino con sus cuerpos y sus bártulos. Atestaban el aire con sus ruegos y amenazas. El Sabueso les olía el miedo, tan espeso como un puré. Todos huían de Bethod.

La multitud se revolvía a base de bien, unos empujando hacia dentro, otros saliendo empujados hacia fuera, aquí y allá alguno cayendo al fango, todos desesperados por llegar al portón como si fuese la teta de su madre. Pero, como grupo, no avanzaban hacia ningún lado. Por encima de sus cabezas el Sabueso vislumbró el destello de unas puntas de lanza y oyó unas voces firmes que gritaban. Allí adelante había soldados, impidiendo a todo el mundo el acceso a la ciudad.

El Sabueso se inclinó hacia Tresárboles.

—Parece que no quieren ni a los suyos —le susurró—. ¿Crees que nos querrán a nosotros, jefe?

—Nos necesitan, eso está claro. Hablaremos con ellos y ya veremos lo que pasa. ¿Tienes alguna idea mejor?

—¿Volver a casa y no meternos en esto? —masculló el Sabueso, pero de todos modos se internó en la multitud detrás de Tresárboles.

Los sureños los miraron boquiabiertos mientras se abrían paso entre ellos. Una niña pequeña miró pasar al Sabueso con los ojos como platos y se abrazó con fuerza a un viejo trapo que llevaba. El Sabueso probó a sonreírle, pero hacía mucho que solo trataba con hombres duros y metal igual de duro y no debió de salirle muy agradable. La pequeña dio un chillido y salió corriendo, y no era la única que estaba asustada. La multitud se apartaba recelosa y callada al ver llegar al Sabueso y a Tresárboles, a pesar de que habían dejado las armas atrás con los otros.

Llegaron hasta el portón sin más problema que dar algún que otro empujón para que la gente empezara a moverse. El Sabueso ya veía a los soldados. Eran una docena, todos igualitos, formando en línea delante del portón. Pocas veces había visto armaduras tan pesadas como las que llevaban, cubiertos de la cabeza a los pies con grandes placas metálicas, tan pulidas que cegaban, las caras cubiertas por yelmos, inmóviles como pilares de metal. Se preguntó cómo enfrentarse a gente como ellos, si se daba el caso. No se imaginaba que una flecha sirviera de mucho, ni siquiera una espada, a no ser que la suerte las llevara a alguna rendija.

—Lo mejor sería un pico o algo así.

—¿Qué? —susurró Tresárboles.

—Nada.

Estaba claro que en la Unión tenían unas ideas muy raras sobre la forma de combatir. Si las guerras las ganara el bando más lustroso, le habrían dado una buena paliza a Bethod, en opinión del Sabueso. Lástima que no fuera así.

El jefe de los soldados estaba justo en medio, sentado a una mesita con papeles encima, y era el más raro de todos. Vestía una especie de casaca de un rojo chillón. Muy poco indicado para un jefe, pensó el Sabueso. Haría un blanco perfecto para una flecha. Y además, era jovencísimo. Apenas tenía barba aún, aunque parecía bien satisfecho de sí mismo de todos modos.

Había un hombre corpulento que vestía un mugriento chaquetón discutiendo con él. El Sabueso intentó oír lo que decían, trató de comprender las palabras del idioma de la Unión.

—Tengo a mis cinco hijos aquí fuera —decía el granjero—, y nada que darles de comer. ¿Qué queréis que...?

Un anciano se le adelantó.

—Soy amigo íntimo del lord gobernador. Exijo que se me permita entrar en...

El muchacho no dejó acabar a ninguno de los dos.

—¡Me importa un carajo de quién seas amigo, y por mí como si tienes cien hijos! La ciudad de Ostenhorm está llena a rebosar. El lord mariscal Burr ha decretado que solo se admitirá a doscientos

refugiados al día, y esta mañana ya hemos cumplido el cupo. Os sugiero volver mañana. Temprano.

Los dos permanecieron quietos mirándolo.

—¿El cupo? —gruñó el granjero.

—Pero el lord gobernador...

—¡Maldita sea! —aulló el muchacho golpeando con furia la mesa—. ¡Vosotros seguid agobiándome, seguid! ¡Así seguro que os dejo pasar, ya lo creo que sí! ¡Haré que os metan a rastras y os ahorquen por traidores!

Aquello fue suficiente para los dos hombres, que se retiraron a toda prisa. El Sabueso empezaba a pensar que él debería hacer lo mismo, pero Tresárboles se dirigía ya hacia la mesa. Al verlos, el muchacho torció el gesto como si olieran peor que un par de boñigas frescas. Al Sabueso le habría dado bastante igual de no ser porque se había lavado para la ocasión. Hacía meses que no iba tan limpio.

—¿Qué narices queréis vosotros? ¡No necesitamos ni espías ni mendigos!

—Bien —dijo Tresárboles, en tono claro y paciente—, porque no somos ninguna de las dos cosas. Yo soy Rudd Tresárboles y este es el Sabueso. Hemos venido a hablar con quien esté al mando. Queremos ofrecer nuestros servicios a vuestro rey.

—¿Ofrecer vuestros servicios? —Se dibujó una sonrisa en el rostro del chico. Una sonrisa que no tenía nada de amistosa—. ¿El Sabueso, dices? Qué nombre tan interesante. No se me ocurre de dónde puede haber salido.

El tipo acompañó aquella muestra de ingenio con una risita burlona y el Sabueso oyó que algunos soldados la secundaban. Una panda de gilipollas, concluyó, todos envarados en su ropa chillona y su reluciente armadura. Una verdadera panda de capullos, pero no se ganaba nada diciéndoselo. Habían hecho bien en no traer a Dow. A esas alturas, seguro que ya habría destripado a aquel patán y habría hecho que los mataran a todos.

El muchacho se inclinó hacia delante y habló muy despacio, como si se dirigiera a unos niños.

—No se permite entrar en la ciudad a ningún norteño si no es con un permiso especial.

Por lo visto, que Bethod hubiera cruzado las fronteras de aquella gente, hubiera masacrado sus ejércitos y estuviera guerreando en su territorio no era algo lo bastante especial. Tresárboles volvió a la carga, pero al Sabueso le daba la impresión de que estaba cargando contra una pared.

—No pedimos mucho. Solo comida y un lugar donde dormir. Somos cinco, todos Mejores Guerreros y veteranos en la batalla.

—Su majestad está más que bien provisto de soldados. Pero andamos un poco escasos de mulas. ¿Os interesaría cargar provisiones para nosotros?

Tresárboles era famoso por su paciencia, pero hasta eso tenía un límite, y el Sabueso se olía que no andaban lejos de alcanzarlo. Aquel mamoncete no sabía con quién se las gastaba. Rudd Tresárboles no era alguien a quien buscar las cosquillas. En la tierra de donde venían era un nombre respetado. Un nombre que infundía miedo en los hombres, o valor, dependiendo del bando en que lucharan. Sí, su paciencia tenía un límite, pero aún no lo habían superado. Afortunadamente para todos.

—Conque mulas, ¿eh? —gruñó Tresárboles—. Las mulas dan coces. Cuidado, no vaya a ser que una te arranque la cabeza, chaval.

Y dio media vuelta y se alejó enfurecido por donde habían venido, mientras la gente, atemorizada, les dejaba paso y luego se volvía a apelonar, sin dejar de dar voces, implorando a los soldados, explicándoles por qué deberían dejarlos entrar a ellos mientras los demás se quedaban fuera pasando frío.

—No era el recibimiento que esperábamos —murmuró el Sabueso.

Tresárboles no dijo nada. Se limitó a seguir dando zancadas por delante, con la cabeza gacha.

—¿Y ahora qué, jefe? —preguntó el Sabueso.

El viejo guerrero volvió la cabeza y le lanzó una mirada sombría.

—Ya me conoces. ¿Crees que voy a aceptar esa puta respuesta?

Por algún motivo, el Sabueso supuso que no.

Los mejores planes

Hacía frío en el salón del lord gobernador de Angland. Un simple enlucido en tonos fríos revertía sus altas paredes, su amplio suelo estaba cubierto de losas de fría piedra y la monumental chimenea no contenía más que ceniza fría. La única decoración era un gran tapiz colgado en un extremo, que llevaba bordado el sol dorado de la Unión y, en el centro, los martillos cruzados de Angland.

El lord gobernador Meed se había desplomado en una dura silla, ante una enorme mesa vacía, con la mirada perdida y la mano derecha enroscada con desgana alrededor del pie de una copa de vino. Tenía el rostro pálido y demacrado, las vestiduras de su cargo arrugadas y manchadas, el cabello ralo y blanco alborotado. El comandante West, nacido y criado en Angland, recordaba oír en muchas ocasiones que Meed era un líder enérgico, una figura imponente, un defensor incansable de la provincia y sus gentes. Ahora parecía una sombra de sí mismo, un hombre aplastado por el peso de la cadena de su cargo, tan vacío y frío como su descomunal chimenea.

Pero si la temperatura era gélida, más frío aún era el estado de ánimo en el salón. El lord mariscal Burr estaba de pie en el centro, con las piernas separadas y sus grandes manos apretadas con fuerza a la espalda. A su lado se encontraba el comandante West, tieso como un palo, con la cabeza agachada y arrepintiéndose de haber-

se quitado el abrigo. Casi se estaba peor dentro que fuera, y eso que hacía mal tiempo incluso para ser otoño.

—¿Se os ofrece un poco de vino, lord mariscal? —murmuró Meed sin alzar la vista siquiera. Su voz sonaba débil y aguda en aquel enorme espacio vacío. A West casi le pareció ver vaho saliendo de la boca del anciano.

—No, gracias, excelencia.

Burr tenía el ceño fruncido. No había dejado de fruncirlo ni un momento, que West supiera, en los últimos dos meses. El hombre no parecía disponer de ninguna otra expresión. Tenía un ceño para la esperanza, un ceño para la satisfacción, un ceño para la sorpresa. El que estaba poniendo era el de la furia más intensa. West, nervioso, cambiaba el peso de un pie entumecido al otro, tratando de que le circulara la sangre, deseando estar en cualquier parte menos allí.

—¿Y vos, comandante West? —susurró el lord gobernador—. ¿Un poco de vino?

West abrió la boca para rechazarlo, pero Burr se le adelantó.

—¿Qué ha pasado? —gruñó, y las secas palabras rechinaron contra los helados muros y rebotaron en las frías vigas del techo.

—¿Que qué ha pasado? —El lord gobernador se sacudió y volvió despacio sus ojos hundidos hacia Burr como si lo viera por primera vez—. Que he perdido a mis hijos.

Asió la copa con dedos temblorosos y la vació de un trago. West vio cómo el mariscal Burr se apretaba con más fuerza aún las manos, todavía enlazadas a su espalda.

—Lamento vuestra pérdida, excelencia, pero me refería a la situación general. Os hablo de Pozo Negro.

Meed pareció encogerse ante la mera mención de aquel lugar.

—Hubo una batalla.

—¡Lo que hubo fue una masacre! —ladró Burr—. ¿Qué explicación tenéis? ¿Acaso no recibisteis las órdenes del rey? ¿No se os ordenó reclutar a todos los soldados que pudierais, fortalecer las defensas y aguardar refuerzos? ¡Y que bajo ningún concepto os arriesgarais a presentar batalla a Bethod!

—¿Las órdenes del rey? —El lord gobernador torció el labio—. Las órdenes del Consejo Cerrado, querréis decir. Sí, las recibí. Las leí. Las tomé en consideración.

—¿Y luego?

—Las hice pedazos.

West oyó al lord mariscal respirar fuerte por la nariz.

—¿Las... hicisteis pedazos?

—Hace cien años que mi familia y yo gobernamos Angland. Cuando llegamos, aquí no había nada. —Meed alzó con orgullo la barbilla mientras hablaba, e infló el pecho—. Nosotros domeñamos estas tierras salvajes. ¡Nosotros aclaramos los bosques, trazamos los caminos, construimos las granjas, las minas y las ciudades que han enriquecido a toda la Unión! —Los ojos del anciano habían cobrado un brillo intenso. Parecía más alto, más audaz, más fuerte—. ¡La gente de esta tierra buscó primero la protección en mí, antes de mirar al otro lado del mar! ¿Iba a permitir que esos norteños, esos bárbaros, esas bestias salvajes, asolaran mis tierras impunemente? ¿Que desbarataran la gran obra de mis antepasados? ¿Que robaran, incendiaran, violaran y asesinaran a placer? ¿Iba a quedarme sentado detrás de estas murallas mientras ellos pasaban Angland a espada? ¡No, mariscal Burr! ¡Eso nunca! ¡Reuní a todos los hombres disponibles, los armé y los envié al encuentro de esos salvajes al mando de mis tres hijos! ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¡Obedecer las putas órdenes! —chilló Burr a pleno pulmón.

West dio un sorprendido respingo, aún con el eco atronador en los oídos. El rostro de Meed palpitó, se le abrió la boca y empezaron a temblarle labios. Los ojos del anciano se inundaron de lágrimas mientras volvía a hundirse en su silla.

—He perdido a mis hijos —susurró con la vista clavada en el frío suelo—. He perdido a mis hijos.

—Compadezco a sus hijos, y a todos los demás que han perdido la vida, pero a vos no. Esto es culpa vuestra y de nadie más. —Burr hizo una mueca, tragó saliva y se frotó la tripa. Se acercó despacio a la ventana y contempló el panorama frío y gris de la ciudad—. Habéis dilapidado todas vuestras fuerzas y ahora debo diluir las

mías para guarnecer vuestras ciudades, vuestras fortalezas. Los supervivientes de Pozo Negro, por pocos que sean, así como todo hombre armado y capaz de combatir, serán transferidos a mi mando. Necesitamos hasta el último soldado.

—¿Y qué pasará conmigo? —murmuró Meed—. Seguro que esos perros del Consejo Cerrado claman por mi sangre.

—Pues que clamen. Os necesito aquí. Vienen refugiados hacia el sur huyendo de Bethod, o del miedo que le tienen. ¿Os habéis asomado a la ventana últimamente? Ostenhorm está llena de ellos. Se apelotonan a millares en torno a la muralla, y esto es solo el principio. Vos os ocuparéis de su bienestar y de su evacuación a Middelrand. Durante treinta años han buscado la protección en vos. Todavía os necesitan. —Burr regresó al interior del salón.

»Entregaréis al comandante West una lista de vuestras unidades aptas todavía para el combate. Y en cuanto a los refugiados, necesitan alimento, ropa y refugio. Los preparativos para la evacuación deben comenzar de inmediato.

—De inmediato —susurró Meed—. De inmediato, por supuesto.

Burr lanzó a West una mirada bajo sus pobladas cejas, aspiró una profunda bocanada y se dirigió a zancadas hacia la puerta. Antes de seguirlo por ella, West echó la vista atrás. El lord gobernador de Angland seguía encorvado en la silla de su vacío y gélido salón, con la cabeza entre las manos.

—Esto es Angland —dijo West señalando el enorme mapa.

Se volvió para mirar a los oficiales reunidos. Pocos de ellos mostraban el más mínimo interés en lo que tenía que decirles. Nada nuevo, en realidad, pero a West seguía irritándolo.

Al lado derecho de la larga mesa estaba el general Kroy, tieso e inmóvil en su silla. Era un hombre alto, enjuto, de hirsuto cabello entrecano rapado siguiendo el anguloso contorno de su cráneo, y vestido con un sencillo e impoluto uniforme negro. Los numerosos miembros de su estado mayor, todos ellos rapados, afeitados y pulcros como él, parecían un adusto cortejo fúnebre. En el lado con-

trario, a la izquierda, estaba repantigado el general Poulder, un hombre de cara redonda y tez rubicunda, provisto de un imponente mostacho. El voluminoso cuello de su casaca, tieso por la profusión de hilo de oro, le llegaba casi a las enormes orejas rosáceas. Los miembros de su séquito, sentados a horcajadas en sus sillas, vestían unos uniformes carmesíes repletos de galones, el botón de arriba desabrochado con descuido, haciendo ostentación de las salpicaduras de barro del camino como si fueran medallas.

En el lado de la sala donde estaba Kroy, la guerra consistía en pulcritud, abnegación y estricto cumplimiento de las ordenanzas. En el de Poulder, era cuestión de vistosidad y de llevar el pelo bien arreglado. Los dos grupos se observaban desde sus respectivos lados de la mesa con altivo desdén, como si solo ellos conocieran los secretos del arte militar, y los otros, por mucho empeño que pusieran, jamás pasarían de ser un estorbo.

En opinión de West ambos eran un estorbo más que suficiente, aunque ninguno de los dos podía compararse con el obstáculo que representaba el tercer grupo, apiñado en el extremo más alejado de la mesa. Su líder no era otro que el heredero al trono, el mismísimo príncipe Ladisla. Más que un uniforme, lo que llevaba puesto era una especie de bata púrpura con charreteras. Ropa de alcoba con un cierto aire militar. Los lazos de sus puños ya habrían bastado para hacer un mantel de buen tamaño, y las galas de su estado mayor no le andaban demasiado a la zaga. Despatarrados en las sillas que rodeaban al príncipe estaban algunos de los jóvenes más ricos, más apuestos, más elegantes y más inútiles de toda la Unión. Si la valía se midiera por el tamaño del sombrero, aquellos serían sin duda grandes hombres.

West se volvió hacia el mapa, molesto por lo seca que tenía la garganta.

Sabía lo que debía decir y tan solo tenía que decirlo de la manera más clara posible y luego sentarse. Daba igual que a sus espaldas se encontraran algunos de los principales mandos del ejército. Por no hablar del heredero al trono. Unos hombres que West sabía que lo despreciaban. Lo odiaban por su alta posición y su baja alcurnia. Por el hecho de que se hubiera ganado su categoría.